PRESENTACIÓN

Javier Echevarría Rodríguez

Prelado del Opus Dei

Experimenté una gran alegría cuando supe que un grupo de aragoneses, la tierra natal de san Josemaría Escrivá de Balaguer, deseaba publicar estas *Semblanzas* dedicadas a su memoria. Y he aceptado con mucho gusto la petición de presentar estas páginas. Considero lógico, y hasta me parece un deber de cariño y de justicia, que se promuevan en Aragón iniciativas de este tipo sobre un hijo suyo tan preclaro, que ha sido canonizado recientemente. Innumerables personas conocen y aprecian en todo el mundo a la ciudad de Barbastro, por haber sido cuna de este aragonés universal que, por querer divino, fundó y promovió el Opus Dei, camino de santificación en el trabajo profesional y en las circunstancias ordinarias del cristiano. Baste, por todos, el testimonio del papa Pablo VI, que en una ocasión, tras el fallecimiento de san Josemaría Escrivá, se refirió con cariño a «esta diócesis pequeña en territorio, pero grande en importancia, por haber nacido en ella Mons. Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei».

El mensaje de san Josemaría ha producido frutos sobrenaturales abundantísimos en el mundo entero: también en su tierra aragonesa, a la que tanto amó. Su impronta en la historia de la Iglesia –y, por consiguiente, en la historia de la humanidad– es imborrable, tanto por su talla humana y sobrenatural como por el influjo espiritual que ha tenido en millones de personas de los cinco continentes.

La infancia de san Josemaría transcurrió en su ciudad natal. Allí aprendió, de los labios y del ejemplo de sus padres, los rudimentos de la fe y la práctica de la piedad cristiana. Después, los caminos de la Providencia le alejaron físicamente de Barbastro y del Somontano, pero nunca perdió el contacto espiritual y afectivo con su tierra de origen. A lo largo de los años mantuvo relaciones epistolares con muchos de sus amigos y conocidos

barbastrenses, a los que agradecía su cariño y sus oraciones, y a quienes encomendaba a diario. Le emocionaban las múltiples señales de afecto que le dispensaban, como la distinción de hijo predilecto, la concesión de la medalla de oro de la ciudad y el nombramiento de barbastrense del año. Nunca ambicionó esos honores, pues la única razón de su vida era la gloria de Dios, pero los aceptó de corazón porque sabía que eran manifestaciones dictadas por el amor. Me consta que, a pesar de la distancia física, san Josemaría no se sintió nunca lejos de su *patria chica*, y que seguía con ilusión las noticias del progreso espiritual y humano de sus conciudadanos. Recuerdo, entre otras manifestaciones concretas de unión con su ciudad natal, el apoyo que ofreció para la revitalización de la histórica sede episcopal barbastrense.

Aunque se trata de pequeños detalles, son significativos de su cariño a Barbastro algunos de los ejemplos gráficos a los que san Josemaría recurría en su predicación. Nunca se borró de su memoria, por ejemplo, una escena que en sus tiempos debía de ser frecuente. «Recuerdo haber visto de niño a los pastores, envueltos en sus zamarras de piel, en los días crudos del invierno del Pirineo, cuando la nieve lo cubre todo, pasar por las cañadas de la tierra mía con aquellos perros fidelísimos y aquel borrico cargado hasta lo indecible con los enseres del pastor. Encima de todo, el borrico llevaba un gran caldero, donde el amo preparaba la comida y los potingues que ponía sobre las heridas de sus ovejas. Si alguna se había descalabrado –como dicen allí–, si se había roto una pata, he visto al pastor encarnar la vieja parábola evangélica (Luc. XV,1-7), y conducir sobre sus hombros a la oveja herida. Como tantas otras veces le veía llevar entre los brazos, amorosamente, un cordero recién nacido». Y añadía, aplicándolo al cuidado espiritual de las almas: «Esto es hermoso y esto es lo que hemos de hacer: pedir al Señor que nos perdone, y que perdone a los demás; comprender y tomar sobre nuestros hombros al equivocado, al que se descalabró: y si aquella oveja no tiene sentido de orientación, hacer que vayan delante las que van detrás; y recoger y cuidar a los recién nacidos [...], dándoles el calor de nuestros brazos»¹.

Para facilitar la intimidad con Dios, san Josemaría aconsejaba a las almas un plan de vida espiritual, con unos puntos firmes –prácticas de piedad tradicionales en la Iglesia– que hacen la función de los mojones en las lindes de un sendero. Y aquí acudía de nuevo a recuerdos de su amada tierra aragonesa. Hablaba de esos palos altos, pintados de rojo, que se colocan en los caminos de montaña para guiar a los caminantes; así lo evoca en una de sus homilías: «Me explicaron entonces que, cuando cae la nieve,

y cubre senderos, sementeras y pastos, bosques, peñas y barrancos, esas estacas sobresalen como un punto de referencia seguro, para que todo el mundo sepa siempre por dónde va la ruta.

»En la vida interior, sucede algo parecido. Hay primaveras y veranos, pero también llegan los inviernos, días sin sol, y noches huérfanas de luna. No podemos permitir que el trato con Jesucristo dependa de nuestro estado de humor, de los cambios de nuestro carácter. Esas posturas delatan egoísmo, comodidad, y desde luego no se compaginan con el amor.

»Por eso, en los momentos de nevada y de ventisca, unas prácticas piadosas sólidas –nada sentimentales–, bien arraigadas y ajustadas a las circunstancias propias de cada uno, serán como esos palos pintados de rojo, que continúan marcándonos el rumbo, hasta que el Señor decida que brille de nuevo el sol»².

Muchos rasgos de su personalidad, profundamente radicada en Cristo, brotaban de la idiosincrasia aragonesa: la sinceridad, la nobleza, la tenacidad... Así se expresaba en otra de sus homilías, traducida a decenas de idiomas: «Soy aragonés y, hasta en lo humano de mi carácter, amo la sinceridad: siento una repulsión instintiva por todo lo que suponga tapujos. Siempre he procurado contestar con la verdad, sin prepotencia, sin orgullo, aunque los que calumniaban fuesen mal educados, arrogantes, hostiles, sin la más mínima señal de humanidad»³. Después de muchos años en Madrid y en Roma, seguía conservando el acento fuerte y simpático de su tierra, mientras a su conversación afluían con naturalidad, de modo espontáneo, modos de decir aprendidos en la niñez.

En Zaragoza se preparó para recibir la ordenación sacerdotal. Allí trabó muy buena amistad con sus compañeros del seminario de San Carlos. Cuando se refería a esos años, de sus compañeros recordaba –lo decía de corazón– sólo virtudes y grandes deseos de servir a la Iglesia. Guardaba especial cariño al cardenal Soldevila, que le confirió la tonsura clerical. Su asesinato a manos de anarquistas fue un duro golpe para su alma y para su persona, sobre todo por lo que significaba de odio a Dios; acudió enseguida a rezar ante los restos mortales del purpurado, y permaneció velándole toda la noche.

Poco después de recibir la ordenación sacerdotal tuvo la alegría –como buen aragonés– de celebrar su primera misa en la Santa Capilla de la Virgen, en la basílica de Nuestra Señora del Pilar.

En sus primeros destinos diocesanos, san Josemaría atendió zonas rurales: Perdiguera y Fombuena. Aprendió mucho de aquellas gentes sencillas, y procuró dedicarles con generosidad todo su tiempo. Con gran celo sacerdotal, fomentó la piedad a Jesús Sacramentado y la devoción a la Virgen, y dedicó muchas horas al ministerio de la reconciliación, a la catequesis, a las visitas de enfermos. Como recordaba monseñor Álvaro del Portillo, mi querido predecesor como prelado del Opus Dei, «en lugar de tomar parte en pasatiempos con las “fuerzas vivas” (típico de todos los pueblos pequeños), se dedicó a la catequesis de niños y adultos, en grupos, y también privadamente, uno a uno, si veía que lo necesitaban. En menos de dos meses visitó a todas las familias del pueblo, casa por casa, encendiéndoles en el amor de Dios»⁴.

¡Con qué agradecimiento rememoraba sus primeros pasos en el ejercicio del ministerio sacerdotal! Monseñor Álvaro del Portillo subrayaba su auténtica pasión por administrar el sacramento de la penitencia. Tras su ordenación, en 1925, durante la breve estancia en Perdiguera (poco menos de dos meses), don Josemaría logró –al decir de las gentes– que se confesaran prácticamente todos los habitantes del pueblo. De regreso a Zaragoza, su labor pastoral fue en aumento día tras día. Recuerdo haber presenciado, en 1970, una conversación entre el fundador del Opus Dei y uno de sus amigos fraternos de esa ciudad, que había hecho una brillante carrera pública. «Yo me confesé contigo –como eran viejos amigos, se trataban de tú– antes de que nos casases a mi mujer y a mí. Recuerdo que mientras me iba acusando de los pecados estabas callado. Pero cuando te dije que me había batido en duelo, exclamaste: ¡Estás loco!». Después, aquel profesional comentó, también públicamente, que nadie le había corregido con tanta claridad; pero que, al comprobar el afecto de las palabras de don Josemaría, lo había agradecido sumamente: y que ni siquiera entonces se sintió ofendido. Al contrario, concluía, acabó muy contrito. Durante el relato, san Josemaría permaneció en silencio; no añadió ni una palabra, porque –aunque fuese el mismo penitente quien hablaba– se sabía ligado por el secreto de confesión.

El amor a la Eucaristía, característica esencialísima del fundador del Opus Dei, se aquilató más hondamente en la capital aragonesa. Entre otras muchas referencias evocaba con emoción las procesiones eucarísticas por el Coso de Zaragoza, en las que miles de hombres acompañaban, movidos por el amor, a Jesús Sacramentado⁵. A sus años en Zaragoza se remonta también una anécdota que refirió en varias ocasiones. Predicando sobre la necesidad de testimoniar sin miedo la fe, contaba un recuerdo de su ju-

ventud, del que extraía una lección para la vida cristiana. «Me acuerdo –decía– de una escena que presencié hace bastantes años, en Zaragoza, en un bar –se llamaba Gambrinus– que no sé si seguirá existiendo. Había en aquel café un grupo de hombres y, entre ellos, un torero famoso. Se paraba la gente a contemplarlo. Un niño salió de la muchedumbre, pasó una mano por el traje del hombre que todos admiraban, y volvió con la cara radiante, diciendo a gritos: ¡lo he tocado!»⁶. Le impresionó mucho aquella escena, y la evocó con frecuencia para exhortarnos a reflexionar sobre el hecho de que cada día *tocamos* a Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía, y que por tanto, si fuésemos hombres y mujeres de fe viva, los cristianos seríamos capaces de cambiar el mundo.

Todas las advocaciones de la Madre de Dios le enamoraban. En Zaragoza, durante los estudios sacerdotales, visitaba diariamente a la Virgen del Pilar. Llevado por ese amor encendido a Nuestra Señora, con la «complicidad» de uno de los clérigos que cuidaban la basílica, en una ocasión se quedó allí toda la noche acompañando a la Virgen. Y durante muchos años rezó a Nuestra Señora del Pilar con santa tozudez, para que le hiciera *ver* lo que el Señor le pedía. Manifestación clara de esa plegaria perseverante es una pequeña imagen en yeso de la Virgen del Pilar que había pertenecido a monseñor Escrivá. Reapareció mucho tiempo después, a finales de los años cincuenta, en casa de alguno de sus parientes, y fue enviada a Roma. El fundador del Opus Dei se conmovió mucho al leer, en la base de la peana, grabada por su propia mano, una jaculatoria: *Domina, ut sit!*; y una fecha: 24.5.924. Era la materialización de una oración prolongada durante varios años, a la que el Señor dio respuesta en Madrid, el 2 de octubre de 1928, cuando le hizo ver el Opus Dei.

Acabada la terrible contienda fratricida de la guerra civil, Zaragoza fue una de las primeras ciudades españolas donde cuajó la labor apostólica del Opus Dei de modo estable. Allí viajaban algunos de los primeros fieles de la Obra, impulsados por san Josemaría, para llevar a mucha gente el espíritu del Opus Dei, «viejo como el Evangelio y, como el Evangelio, nuevo». Años más tarde, entre los muchos frutos de su preocupación por el apostolado con los universitarios de esa ciudad, surgió el Colegio Mayor Miraflores, a donde acudió con alguna frecuencia.

Durante toda su vida, san Josemaría manifestó agradecimiento filial a otra advocación mariana muy popular en el Somontano aragonés: la Virgen de Torreciudad. A Ella había acudido su madre, doña Dolores Albás, en demanda de ayuda, cuando el pequeño Josemaría –que tendría poco más de dos años– fue aquejado de una grave enfermedad.

Precisamente el amor a la Virgen y su gran sentido de la gratitud impulsó a san Josemaría a una de esas *locuras* propias de enamorado: la promoción de un gran santuario mariano, dedicado a Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad. Con fe y audacia enormes pidió a sus hijas e hijos en el Opus Dei, y a muchísimas otras personas, la ayuda de su oración y de su limosna para realizar un proyecto que –a los ojos humanos– parecía un desatino. Cuando comenzaban las obras, acudió a Torreciudad en peregrinación penitente para rezar ante la imagen. Luego estuvo en el nuevo santuario, que se terminó pocas semanas antes de su fallecimiento. El Señor dispuso que se inaugurara con una misa por el eterno descanso de monseñor Escrivá, el siete de julio de 1975. Desde entonces, los frutos espirituales del santuario son incontables.

A la vez, el fundador del Opus Dei indicó que en Torreciudad se realizara una amplia labor social en beneficio de todo el Somontano y comarcas adyacentes. Fue impulsor principal de un vastísimo apostolado entre personas del ámbito rural, y se preocupó especialmente de que aumentara la preparación cultural y profesional de esas gentes. Gracias a su empuje se promovieron Escuelas Familiares Agrarias, que hoy continúan dando formación humana y cristiana a muchas personas de esas tierras.

En este libro se recogen algunos testimonios de aragoneses que trataron a san Josemaría, o son fieles testigos de los frutos del influjo de su apostolado en Aragón: emociona leer las cartas que intercambió con ellos. No es exagerado afirmar que san Josemaría supo conjugar la universalidad, su mente católica, en la que cabían todas las almas, con el amor a su tierra y sus raíces aragonesas, porque procuraba amar e identificarse con Cristo, que es *perfectus Deus, perfectus Homo*: perfecto Dios y hombre perfecto.

Notas

- ¹ *Instrucción*, 31-V-1936, nota 122.
- ² *Amigos de Dios*, XXII ed., Madrid, Edit. Rialp, 1996, n. 151.
- ³ *Es Cristo que pasa*, XXXII ed., Madrid, Edit. Rialp, 1996, n. 70.
- ⁴ DEL PORTILLO, Álvaro, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Edit. Rialp, 1993, p. 68.
- ⁵ Cfr. *Amigos de Dios*, n. 142.
- ⁶ *Meditación*, 30-III-1964.

Via pueri, exclamaba asombrado Plinio el Joven en una de sus cartas la vida de un niño! Le parecía más razonable que un niño escribiera un libro a escribir un libro sobre un niño!

Via pueri! La infancia de cualquier persona está íntimamente ligada a sus padres, su familia, su hogar, su pueblo o ciudad, su educación, los amigos del colegio... Los recuerdos personales, un tanto imprecisos y muy seleccionados, son susceptibles de análisis y estudio, aunque siempre con las debidas precauciones. En el caso presente, la infancia de san Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, fundador del Opus Dei, contamos con numerosos testimonios, al menos si lo comparamos con el de otras muchas personas del siglo XX que han sido hagiografiadas. Pero al analizar con detalle todos los datos que poseemos de los trece años que vivió en Barbastro nos damos cuenta que sus recuerdos personales, al igual que los de su familia, amigos y conocidos, no pasan de una veintena de anécdotas. Y trenzar una infancia con esto resulta algo complejo. Por ello el presente estudio no pretende otra cosa que ser una apretada crónica de la familia Escrivá-Albás en la ciudad de Barbastro, con una incidencia especial en todo aquello que pueda contextualizar la vida de san Josemaría, y procurando que todos aquellos recuerdos personales o recogidos en los testimonios de su proceso de canonización queden explicados lo mejor posible dentro de las coordenadas espacio-temporales.

Las hagiografías publicadas hasta el presente han sido múltiples. Como bien ha explicado Javier Sesé, resultan ser una simple semblanza¹. Así las de Salvador Bernal², François Gondrand³, Peter Berglar⁴, la primera de Andrés Vázquez de Prada⁵, Dennis Helming⁶, Hugo de Acevedo⁷, Ana Sastre⁸, José Miguel Cejas⁹, Claudio Sorgi¹⁰ y Pilar Urbano¹¹. La segunda de Andrés Vázquez de Prada sería una biografía hagiográfica que busca